

EL SUPREMO

Aquel a quien amamos no nació conforme a las leyes de la naturaleza; desconocemos la forma en que fue criado, vivió en la pobreza, y solamente una vez cruzó las fronteras de su tierra natal, (es preciso recordar que ese hecho sucedió durante su infancia). No tuvo riqueza ni una gran imagen en su tierra; no recibió educación en las mejores escuelas del mundo. Su familia no era famosa ni influyente. En su infancia inquietó profundamente a un rey; al inicio de su adolescencia, asombró a los eruditos. Cuando llegó a ser adulto caminó sobre las olas y aquietó las aguas del mar. Sanó sin ningún tipo de medicina a las multitudes y jamás cobró por sus servicios. Nunca escribió un libro, pero si todo lo que hizo fuese registrado en detalle, no cabrían en el mundo los libros que se escribirían (Jn. 21:25). Jamás fundó una universidad, pero todas las universidades que existen juntas no poseen el mismo número de estudiantes que Él tiene. Nunca practicó la medicina pero ha sanado más corazones quebrantados que el número de enfermos que los doctores han podido curar. En diferentes momentos de la historia han surgido grandes hombres y luego han perdido su influencia. No obstante, Él

jamás pierde su vigencia: Herodes no pudo matarlo; Satanás no lo pudo seducir; la muerte no logró destruirlo y la tumba no lo pudo retener. Pero cuando surge la pregunta sobre quién fue realmente Jesucristo, el debate sigue tan candente como lo era hace cerca de dos mil años. Las sectas y los escépticos ofrecen varias explicaciones. Algunos dicen que fue un fanático religioso, un farsante o un revolucionario político. Otros que simplemente fue un buen maestro. Hay unos más que asumen un enfoque totalmente diferente y aseveran que fue la manifestación suprema de la humanidad y que poseía una chispa de divinidad que logró avivar y convertir en una inmensa llama; chispa que, aseveran ellos, todos poseemos pero muy pocos logran avivar. También hay algunos que se atreven a pensar que Jesús era uno de muchos dioses existentes, un ser creado, un ángel superior o un profeta.

Lo que tienen en común todas esas innumerables explicaciones humanas es que muestran a Jesús como inferior a Dios. Pero sólo Dios puede decirnos quién era y es Jesús realmente. •La evidencia bíblica que aparece en dos pasajes, uno escrito por el apóstol Pablo a un grupo de creyentes en Colosas (Col. 1:15-19) y el otro escrito por un autor desconocido a creyentes judíos y no judíos (Heb. 1:1-3), nos ofrece una imagen abrumadora sobre la deidad de Cristo. Al mirar estos dos pasajes juntos, no queda la menor duda de que el hombre que se llamaba Jesús nació de una virgen, fue la encarnación de Dios y, por ende, es digno de nuestro amor y devoción.

Tanto el apóstol Pablo como el autor de Hebreos tenían objetivos específicos en mente al escribir sobre la deidad de Cristo. Pablo tenía que contrarrestar la influencia de lo que llegó a ser conocido como *gnosticismo*. Los seguidores de esta secta se ufanaban de tener acceso a misterios sublimes,

enseñanzas, según ellos, tan complejas que las personas comunes y corrientes no podían entender. Enseñaban una forma de dualismo filosófico cuyo postulado básico es que el espíritu es bueno y la materia es mala. Creían que Dios es bueno debido a que es espíritu, pero que precisamente porque la materia es mala, Dios jamás podría tener contacto con la materia. Por ende, también concluyeron que Dios no podía ser el creador del universo físico porque si Dios hubiese hecho la materia, sería el responsable del mal. De igual forma, enseñaban que Dios jamás podría convertirse en hombre porque al hacerlo tendría que habitar en un cuerpo hecho de materia corrupta. Por tanto, explicaban la encarnación aseverando que Jesús era un ángel bueno cuyo cuerpo había sido sólo una ilusión.

Pero el apóstol Pablo dice:

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud. (Colosenses 1:15-19)

Ese texto afirma de forma puntual que Jesús como Dios hecho carne, es el creador de todas las cosas.

Por el contrario, el escritor de Hebreos le escribió a judíos, algunos de los cuales no creían que Jesús fuese el Mesías. Además de confirmarles la deidad de Cristo a los creyentes judíos, intentaba convencer a los incrédulos de la

superioridad de Cristo, de su preeminencia sobre cualquier personaje, institución, ritual o sacrificio del Antiguo Testamento. Los primeros tres versículos del capítulo 1 son un resumen de toda la epístola, y en unas pocas palabras presenta la superioridad de Cristo.

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”. (Hebreos 1:1-3).

Jesús no era simplemente un hombre. Esos pasajes declaran que era el ser preeminente: el clímax de la revelación de Dios. Jesucristo es la representación plena y la expresión humana de Dios, superior y exaltado por encima de cualquier otro ser y de todo lo que existe. Si deseamos volver a poseer en algún momento nuestro primer amor, es necesario sustentar nuestra relación con Él en ese hecho irrefutable. Pero antes de poder hacerlo, debemos ver la relación que Cristo sostiene con las cosas que son superiores a nosotros. Tanto el apóstol Pablo como el autor de Hebreos hacen exactamente eso. Examinemos lo que ellos afirman sobre nuestro Cristo amado y exaltado.

Cristo y el Padre

De tal Padre tal Hijo

Aquellos que niegan la deidad de Cristo en ocasiones tratan de utilizar Colosenses 1:15-19 para apoyar su tesis. Sugieren, por ejemplo, que la frase “la imagen del Dios invisible” (vr. 15) indica que Jesús fue solamente un ser creado que

la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6). Jesús mismo dijo: “*Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.*” (Juan 8:12). Jamás podríamos ver o disfrutar la luz de Dios si no pudiéramos ver a Jesús. Su luz es la vida misma, la verdadera vida espiritual que nos concede propósito, significado, paz, gozo y comunión por toda la eternidad.

Hebreos 1:3 también dice que Cristo es “la imagen misma de [la] sustancia [de Dios]”. Jesús es la imagen expresa de Dios no sólo en su manifestación, sino también en su mismísima esencia y sustancia. Aún en su encarnación dejó de lado el uso de sus atributos, no los atributos mismos; por ende, siempre fue Dios plenamente. “*El que me ha visto a mí*”, le dijo a sus discípulos, “*ha visto al Padre*” (Juan 14:9). Pablo aseveró que la gloria de Dios brilla en Jesucristo (lea 2 Corintios 4:4,6).

La palabra griega *charakter* fue traducida como “la imagen de Dios”; de ese término se derivan en español las palabras “carácter y característica”. Los griegos usualmente utilizaban este término para hablar de una impresión que se realizaba por medio de un grabado que había en un dado o en un sello; el diseño que había en el dado era reproducido sobre una superficie de cera que se usaba para cerrar y proteger documentos importantes. Al usar esa terminología, el autor de Hebreos está aseverando que Jesucristo es la reproducción de Dios: la impresión personal y perfecta de Dios en el tiempo y el espacio.

Por medio de Cristo, el Dios invisible se ha hecho visible. La plenitud de la persona de Dios nos es revelada en Jesucristo. Colosenses 1:19 revela a mayor profundidad

esa verdad: “por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud”. Jesús no es solamente una representación de Dios; Él es Dios plenamente. Colosenses 2:9 es aún más explícito: “*Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad*”. A Jesús no le falta nada; ningún atributo de Dios está ausente. Él es Dios en el sentido más amplio y exacto posible.

El heredero legítimo

En Colosenses 1:15 Pablo dice que Jesús es el “primogénito de toda creación”. Quienes rechazan la deidad de Cristo han utilizado de forma muy inapropiada esa frase, asumiendo que significa que Jesús fue un ser creado y por ende no puede ser el Dios eternal. Pero el término traducido como “primogénito” (*prototokos*) describe el rango de Jesús, no su origen. Aunque *prototokos* puede significar el primogénito en orden cronológico (lea Lucas 2:7), el término se refiere principalmente a la posición. Tanto en la cultura griega como en la judía, el primogénito también era el hijo que tenía el primer rango y por ende tenía el derecho a la herencia. Como resultado, el primogénito en una familia real tenía el derecho a reinar. Cristo es Aquél que hereda toda la creación y el derecho a gobernarla.

En el Salmo 89:27, Dios dice lo siguiente sobre David: “*Yo también le pondré por primogénito, El más excelso de los reyes de la tierra*”. En ese texto se ve el significado de “primogénito” de forma muy clara: “el más excelso de los reyes de la tierra”. Eso es lo que significa *prototokos* con relación a Cristo. Él es el Señor de señores y Rey de reyes. (Ap. 17:14).

Hebreos 1 también contiene una aseveración paralela. El versículo 2 dice que Dios ha constituido a su Hijo como “heredero de todo”. Como Hijo de Dios, Jesús es el heredero

de todo lo que Dios posee. Todo lo que existe en el universo hallará su verdadero significado solamente hasta que llegue a estar bajo el control de Cristo. Vemos ese tema en el libro de los Salmos, donde el Padre le dice al Hijo: “Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra” (Sal. 2:8).

En los postreros días el reino de Dios finalmente será entregado por toda la eternidad a Jesucristo (Lea Ap. 11:15). Apocalipsis 5 muestra una imagen de Dios en el cielo sentado en un trono con un rollo sellado en su mano. Ese rollo es la escritura de toda la tierra y lo que hay en ella, y le pertenece al Heredero, quien tiene el derecho de poseerlo todo.

La ley romana exigía que un testamento fuera sellado siete veces para protegerlo de posibles falsificaciones y eso es lo que sucede con el título de propiedad del cual se habla en Apocalipsis. Al principio no se encontró a nadie digno de romper los sellos pero Jesucristo, el Cordero que es digno de toda honra, aparece y toma el rollo de la mano derecha de Dios porque Él, y sólo Él, tiene el derecho de hacerlo.

Apocalipsis 6 narra el primer acontecimiento que sucede mientras Cristo empieza a poseer la tierra que por derecho le pertenece. Rompe los sellos uno por uno y a medida que lo hace, asume un mayor control y posesión de su herencia. Finalmente cuando rompe el séptimo sello, suena la séptima trompeta y se derrama la séptima copa. Ahora la tierra es suya.

Cuando Cristo vino a la tierra por primera vez, se hizo pobre para que nosotros fuésemos enriquecidos a través de su pobreza (lea 2 Co. 8:9). No poseía nada propio ni un lugar “donde recostar la cabeza” (Lc. 9:58). Fue incluso despojado de sus ropas cuando murió y fue sepultado en

una tumba prestada. Pero cuando Cristo vuelva, las cosas serán diferentes. Heredará por completo y eternamente todas las cosas.

Aquellos que le confiaron sus vidas serán coherederos con Él (lea Ro. 8:16-17). Cuando entremos a su reino eterno poseeremos también todo lo que Él posee. No seremos señores o dueños pero seremos coherederos de su maravillosa herencia. Le debemos a Cristo toda nuestra devoción y amor porque Él es la imagen de Dios, tiene el derecho de regir la tierra y un día nos hará coherederos de su herencia. El sólo hecho de que esto sea cierto debería hacer que volviera a nacer en nosotros nuestro primer amor.

Cristo y la Creación

Él es el Creador

Colosenses 1:16-17 expresa de manera explícita que Cristo es el creador de todas las cosas. *“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas”*. Él no es parte de la creación; es el Creador, el mismo brazo de Dios, activo desde el principio, creando todas las cosas por medio de Su Palabra. Juan 1:3 dice: *“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”*. Eso no sería posible si Él mismo fuera un ser creado.

Hebreos 1:2 también identifica a Cristo como el Creador. Él es la persona de trinidad por medio del cual fue hecho el mundo, el agente “por quien asimismo [Dios] hizo el universo”, y para el cual todo lo creado fue diseñado. Una de las pruebas más contundentes de la deidad de Cristo es

su poder para crear, una habilidad que le pertenece sólo a Dios. Él creó todas las cosas materiales y espirituales.

Aunque el hombre ha manchado la creación con el pecado, originalmente todo lo que Cristo creó era bueno y la creación misma anhela ser restaurada al estado que tenía en el principio (lea Ro. 8:21-22). El término griego que ha sido traducido como “universo” en Hebreos 1:2 es *aionas* y su mejor traducción es “tiempos”. Jesucristo es el creador no sólo del mundo físico, sino también del tiempo, el espacio, la fuerza, la acción y la materia. Sin hacer ningún esfuerzo, creó todo el universo y todo lo que hace que este funcione.

Piense en lo que eso significa. La inmensidad de la creación es abrumadora. ¿Alguna vez ha pensado en el tamaño del universo? Si ese hecho no lo asombra con relación a la majestad de Dios, es muy probable que usted no haya realmente reflexionado sobre la grandeza del cosmos. Un rayo de luz viaja a una velocidad de 299.337 kilómetros por segundo. De forma tal que un rayo de luz que enviemos desde aquí llegará a la luna en 1.5 segundos. Imagine lo que significa viajar así de rápido. Usted podría llegar a mercurio en 4.5 minutos y a Júpiter en 35 minutos. Si decidiera avanzar más rápido, podría llegar a Saturno en casi una hora. Pero le tomaría 4 años y 4 meses llegar a la estrella más cercana. Viajar sólo hasta el límite de nuestra galaxia, la vía láctea, le tomaría cerca de 100.000 años. Si pudiera contar las estrellas a medida que viaja, llegaría a cerca de 100.000 millones solamente en la vía láctea. Si quisiera explorar otras galaxias, tendría billones de estrellas para escoger. El tamaño de nuestro universo es comprensiblemente ininteligible.

¿Y qué de la vida en la tierra? ¿De dónde vino? John Eccles, un premio Nobel en neurofisiología, dijo en un

artículo titulado “La evolución y el ser consciente” que ~~las~~ probabilidades de la evolución de vida inteligente en ~~la~~ tierra son en extremo mínimas. Es sorprendente que ~~también~~ dijo que creía que la evolución sí había ocurrido ~~pero~~ jamás podría volver a ocurrir en ningún otro planeta ~~o~~ en cualquier otro sistema solar. Su extraña lógica ilustra ~~claramente~~ el dilema de la ciencia humanista. Si usted se ~~rehúsa~~ a reconocer un Creador, es difícil explicar cómo ~~llegó~~ a existir este universo tan maravilloso, inmensurable y complejo en el que vivimos. ¿De dónde surgió? ¿Quién ~~lo~~ concibió? ¿Quién lo hizo? No puede ser un accidente. Alguien tuvo que hacerlo y la Biblia nos dice que su hacedor ~~es~~ Jesucristo.

Él es el preexistente

Jesús tiene primacía sobre la creación porque “Él es antes de todas las cosas” (Col. 1:17). Cuando el universo empezó, Jesús ya existía (lea Jn. 1:2; 1 Jn. 1:1). De hecho Jesús le ~~dijo~~ a los judíos en Juan 8:58: “Antes que Abraham fuese, yo soy”. Se identificó a sí mismo como *Iahveh*, el Dios que ~~ha~~ existido eternamente. El profeta Miqueas también habló de Jesús y dijo: “sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi. 5:2). Cualquiera que existiera ~~antes~~ de que el tiempo fuese creado en el acto de la creación, debe ser eterno, y sólo Dios es eterno.

Él es el sustentador

Además, Pablo añade que “todas las cosas en él subsisten” (Col. 1:17). El autor de Hebreos confirma la declaración de Pablo. Cristo “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Heb. 1:3). El término griego que fue traducido como “sustenta” significa “apoyar o mantener”. En este texto se usa en el tiempo presente, lo cual implica una acción continua. Todo lo que existe en el universo está

siendo sustentado en este preciso instante por Jesucristo. Él mantiene el delicado equilibrio necesario para la existencia de la vida literalmente manteniendo todas las cosas juntas. También mantiene todas las entidades del espacio en movimiento. Es el poder que hace que todo funcione en el universo.

¿Se imagina lo que sucedería si Cristo abandonara su poder sustentador sobre las leyes del universo? Si tan sólo una de las leyes físicas cambiara, no podríamos existir. Si Él suspendiese la ley de la gravedad por un breve momento, todos pereceríamos de formas inimaginables. Piense en la destrucción que ocurriría si la rotación de la tierra disminuyera tan sólo un poco o si el planeta se alejara o se acercara unos cuantos grados más al sol.

Nuestro globo terráqueo está inclinado en un ángulo exacto de 23 grados, lo cual nos provee cuatro estaciones. Si no estuviera inclinado, los vapores del océano se moverían hacia el norte y hacia el sur y se convertirían en continentes monstruosos de hielo. Si la luna no estuviera exactamente a la distancia que está de la tierra, las mareas oceánicas inundarían la tierra. Si los suelos oceánicos fuesen tan sólo unos cuantos metros más profundos de lo que son, el equilibrio entre el dióxido de carbono y el oxígeno que existe en la atmósfera de la tierra se desajustaría completamente y no podría existir ningún tipo de vida vegetal o animal. Si la densidad de la atmósfera se redujese tan sólo un poco, muchos de los meteoros que actualmente se queman de forma inofensiva cuando golpean la atmósfera bombardearían la superficie terrestre constantemente.

¿Cómo es posible que nuestro mundo mantenga un equilibrio tan increíblemente delicado? Por medio de Jesucristo, quien sustenta y monitorea todos sus movimientos.

siendo sustentado en este preciso instante por Jesucristo. Él mantiene el delicado equilibrio necesario para la existencia de la vida literalmente manteniendo todas las cosas juntas. También mantiene todas las entidades del espacio en movimiento. Es el poder que hace que todo funcione en el universo.

¿Se imagina lo que sucedería si Cristo abandonara su poder sustentador sobre las leyes del universo? Si tan sólo una de las leyes físicas cambiara, no podríamos existir. Si Él suspendiese la ley de la gravedad por un breve momento, todos pereceríamos de formas inimaginables. Piense en la destrucción que ocurriría si la rotación de la tierra disminuyera tan sólo un poco o si el planeta se alejara o se acercara unos cuantos grados más al sol.

Nuestro globo terráqueo está inclinado en un ángulo exacto de 23 grados, lo cual nos provee cuatro estaciones. Si no estuviera inclinado, los vapores del océano se moverían hacia el norte y hacia el sur y se convertirían en continentes monstruosos de hielo. Si la luna no estuviera exactamente a la distancia que está de la tierra, las mareas oceánicas inundarían la tierra. Si los suelos oceánicos fuesen tan sólo unos cuantos metros más profundos de lo que son, el equilibrio entre el dióxido de carbono y el oxígeno que existe en la atmósfera de la tierra se desajustaría completamente y no podría existir ningún tipo de vida vegetal o animal. Si la densidad de la atmósfera se redujese tan sólo un poco, muchos de los meteoros que actualmente se queman de forma inofensiva cuando golpean la atmósfera bombardearían la superficie terrestre constantemente.

¿Cómo es posible que nuestro mundo mantenga un equilibrio tan increíblemente delicado? Por medio de Jesucristo, quien sustenta y monitorea todos sus movimientos.

él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia” (Col. 1:18).

Él es la cabeza

La Escritura utiliza muchas metáforas para describir a la iglesia, pero ninguna es tan gráfica como la del cuerpo humano. La iglesia es un cuerpo y Jesús es la cabeza de ese cuerpo. La iglesia no es solamente una organización; es un organismo vivo, controlado por el Cristo viviente. Él gobierna cada parte del cuerpo y le provee vida y dirección. Puesto que Jesús vive su vida a través de todos los miembros, produce unidad en el cuerpo (lea 1 Corintios 12:12-20). Él le da energía y coordina la diversidad que existe dentro del cuerpo, una diversidad que se manifiesta en ministerios y dones espirituales (lea versículos 4-13). Él también dirige la unión del cuerpo, haciendo que los miembros individuales se sirvan y se apoyen unos a otros (lea los versículos 15-27).

Él es la fuente

Cristo también es el “principio” de la iglesia. *Arche* (comienzo) se refiere a la fuente, al rango o a la primacía. Puede ser traducido como “cabeza” o “pionero”. Puesto que Cristo es tanto la fuente como la cabeza de la iglesia, ella tiene su origen en Él. Dios “*nos escogió en él antes de la fundación del mundo*” (Ef. 1:4). Como cabeza del cuerpo, Jesús sustenta la posición principal o el rango más alto en la iglesia; y como el inicio de la iglesia, Él es su creador.

Él es el Primogénito de entre los muertos

Al inicio de este capítulo, establecimos el significado del término “primogénito”. De todos aquellos que han sido o alguna vez serán resucitados de entre los muertos, Cristo tiene el rango más alto. Él es el más grande de todos.

Él es el Preeminente

En nuestra época se valora mucho el hecho de ser el primero. Esa es una realidad en los deportes y en los negocios; la meta de los equipos y las corporaciones es ser el número uno, pero la verdad es que sólo hay uno que ocupa el primer lugar. Como resultado de su muerte y su resurrección, Jesús ocupa el primer lugar en todas las cosas. Es lógico que quien ocupe el primer lugar en rango en todo el universo sea Jesucristo.

Pablo resume su argumento diciendo: “por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Col. 1:19). El término *pleroma* (plenitud) fue utilizado por los gnósticos para referirse a los poderes y atributos divinos que, según ellos se manifestaban de diversas formas. La perspectiva de Pablo es que la plenitud de la deidad no está dividida en pequeñas porciones que sean dadas a diversos tipos de espíritus, sino que esa plenitud está presente en su totalidad sólo en Cristo (lea el versículo 10). Los cristianos reciben de esa plenitud: “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn 1:16). Toda la plenitud de Cristo está disponible para aquellos que depositan su confianza en Él. ¿Cuál debería ser nuestra respuesta a estas gloriosas verdades?

El puritano John Owen aseveró con mucha sapiencia lo siguiente:

La revelación que tenemos de Cristo en el bendito evangelio es de lejos más excelente, más gloriosa, tiene un mayor destello de sabiduría y más pureza que toda la creación y su correcta comprensión puede transformar o sustentar. Sin este conocimiento, la mente del hombre, no importa cuánto se enorgullezca de otras invenciones y descubrimientos, está envuelta en oscuridad y confusión.

Por tanto este conocimiento amerita lo más excelso de nuestros pensamientos, lo mejor de nuestro meditar y nuestra mayor diligencia. Si nuestra bendición futura consiste en morar donde Él está y en contemplar su gloria, ¿qué mejor preparación podemos realizar que una constante contemplación plena de esa gloria tal como nos es revelada en el evangelio, para que al contemplarla gradualmente seamos transformados al mismo nivel de gloria?¹

Dios dice que su Hijo tiene el primer lugar en todas las cosas. ¿Qué significa eso para usted? Debería significarlo todo. Rechazarlo es quedar separado de su presencia y condenado a un infierno eterno pero recibirlo es recibir todo lo que Él es y posee; no hay una opción diferente a estas dos.

Si usted ha de volver a tener su primer amor, es absolutamente necesario que reconozca que Jesús realmente tiene el primer lugar en todo, incluyendo su vida. Usted no ocupa una posición de importancia, solamente Jesús ocupa esa posición. Cuanto más temprano empiece a reconocer esa verdad, más pronto empezará a restablecer su primer amor por Jesús.

1. John, Owen, *The Glory of Christ -La Gloria de Cristo-* (Chicago: Moody Press, 1949), pgs. 25-26.